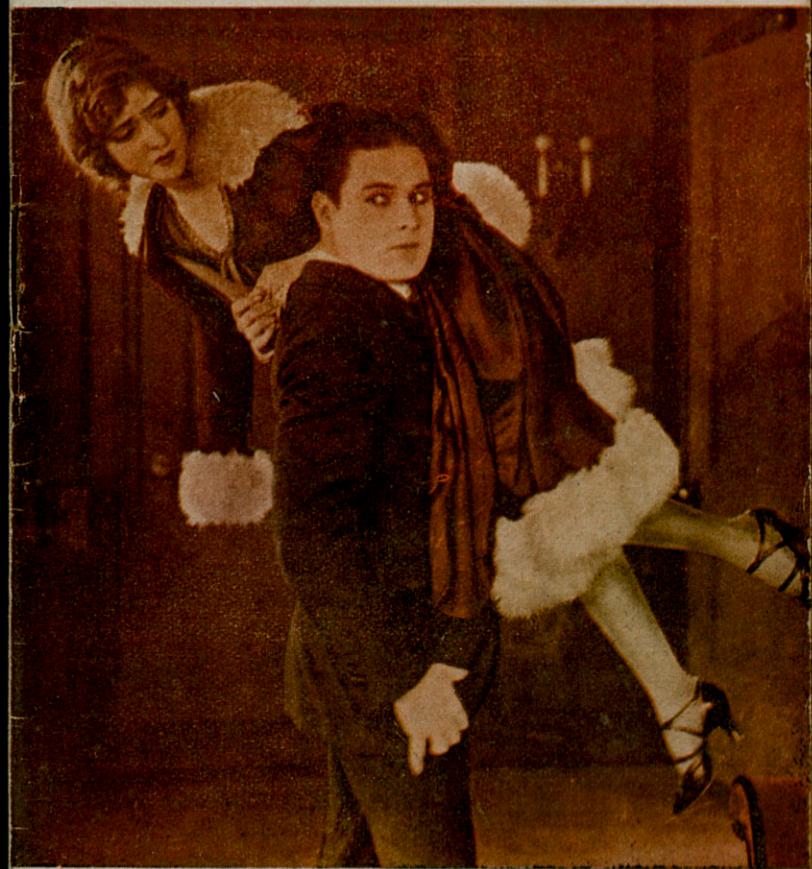


Demasiado aprisa *

Por

Richard Holt



25 cént.

BIBLIOTECA TREBOL

Publicación semanal

Núm. 107

BIBLIOTECA TREBOL

DEMASIADO APRISA

25-11-22 BOSQUE-BNA

Adaptación literaria de la película del mismo título,
interpretada por

Richard Holt

GLORIA GREY

Narración de
JUAN DE LANUZA

THE BOASTER

1926

Exclusivas ANTONIO LLADÓ
Rambla de Cataluña, 66 - Barcelona

J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

DEMASIADO APRISA

I

Juventud, alegría, ilusiones rosadas... Todo esto y mucho más veían ante ellos los jóvenes alumnos de la Universidad de Wit al terminar los exámenes, cuando con el diploma en el bolsillo, cual salvoconducto para marchar por el camino de la vida, se abrieron ante ellos las puertas de la libertad con la cual comenzaban también para ellos la época de la lucha.

Día de alegría era en verdad aquel. El retorno a los paternos lares, donde la madre buena y solícita esperaba al hijo con ansia. Cabe también la novia, una muchachita sentimental de arreboladas mejillas y ojos decidores, cuyas dulces misivas, hinchidas de promesas, eran como un acicate en las horas de estudio.

Invadidos por toda esa serie de alegrías, los jóvenes no se daban cuenta de que al partir de allí perdían lo mejor de su vida; sus días dulces y sin preocupaciones de la

DEMASIADO APRISA

Algunas de las ilustraciones que aparecen en este libro

Ilustración de

Ilustración de

Exposición DEMASIADO APRISA

Buenas Críticas de - Información

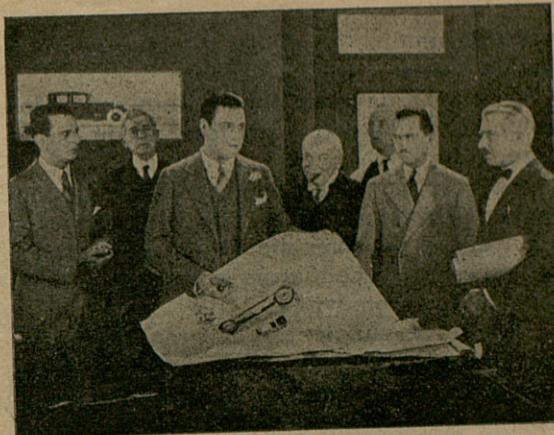
Imp. SABATE.-Aribau 206
Teléf. G. 1545-BARCELONA

vida estudiantil, que luego después añorarían durante el resto de su existencia.

En los jardines, en los cuartos amplios y bien ventilados por doquier, menudeaban los abrazos, los apretones de manos y las protestas de eterna amistad.

Entre todos estos jóvenes entusiastas y animosos congregados al amparo del templo de Minerva, colocados bajo su égida en la época en que se cimentan las afecciones más duraderas y que como nuevos apóstoles de la ciencia partirían aquel mismo día por rutas diversas, llevando hasta el último poblacho el caudal de sus conocimientos adquiridos, como tesoro de civilización, encontramos al simpático Ricardo Benton. No es ni más ni menos sabio que los otros; no tiene más que una cosa que le distingue sobre todos; el ser protagonista de nuestra historia, y siendo así, nada más justo que dejemos a los demás, a quienes no tenemos el honor de conocer, y fijemos sobre él nuestra atención.

Ricardo Benton acababa de recibir el título que le daba patente de hombre hecho y derecho; el ansiado diploma de ingeniero industrial, por cuya obtención se había pasado sus buenos años encerrado entre aquellas paredes, soportando con todo entoicismo los regaños y manías de sus profesores. ¡Excelentes señores! Ahora que ya no tenía



Ricardo tomó los planos que los empleados estaban enseñando a su padre.

nada que temer de ellos, no dejaba de reconocer cuanto les debía y se daba cuenta también del mucho cariño que sin saberlo les profesaba.

Ricardo poseía una condición, que cuando no carece de fundamento, cuando es en efecto cierta su posesión, resulta una arma de primerísima calidad para triunfar en la vida: Estaba plenamente convencido de que poseía un gran talento y un tesoro de energía. Sabía que su única debilidad era la elegancia, pero sabía también que este mismo defecto lo tuvieron en su juventud Edisson

y Ford, los dos "ases" del mundo yanqui, e ídolos suyos.

Y además de esto, poseía unos músculos como para derribar a un toro de un puñetazo.

—Siento de veras dejar la Universidad, dejaros a vosotros todos—decía en el jardín a un grupo de compañeros—pero mi padre me espera para confiarle la dirección de su fábrica de automóviles.

El aire de suficiencia, la gran importancia que parecía darse al pronunciar tales palabras, provocó entre sus amigos una explosión de hilaridad.

—Podéis reiros cuanto queráis, pero yo os aseguro que soy capaz de desempeñar ese cargo y otros de más importancia. Y sino al tiempo... Veréis como antes de pocos años, el "Benton 6 cilindros", será el coche más rápido del mundo.

Repartió abrazos con la profusión de quien reparte algo que nada cuesta y salió en busca del criado que no lejos de allí le esperaba con las maletas en la mano, al pie del estribo del coche que debía conducirlo hasta la cercana estación.

En el tren, ya en marcha, se oyeron voces de risa y carcajadas. El conductor, que era un viejo y agrio tipo, se volvió y miró por encima del hombro. Un pasajero, que llevaba un sombrero de copa y un pañuelo en la boca, se rió a carcajadas.

II

La palabra "Benton" era un nombre mágico dentro del automóvilismo. Jerónimo Benton, padre de Ricardo y fabricante del coche ya referido, poseía varios millones amen de una fiesta sajona y una alegría infantil que le acorazaban contra todos los malos golpes de la vida.

Lo encontramos en su despacho, soberbiamente montado, en animada charla con varios de sus altos empleados, empeñados, al parecer, en hacerle una proposición importante relativa al negocio.

—No se molesten ustedes, señores—decía riendo el millonario—. Yo no estoy para soluciones ni resoluciones. Todo cuanto digan es en balde. No quiero hacer nada. Me encuentro cansado de tantos negocios. Mi único deseo es que venga cuanto antes mi hijo para que se haga cargo de todo esto y yo pueda entregarme al "dolce far niente", al reposo absoluto, que bien ganado lo tengo.

—Y a propósito — prosiguió el anciano consultando su reloj —, si no se ha retrasado el tren, creo que mi hijo debe estar como quien dice, subiendo la escalera...

En efecto, el buen señor no andaba muy equivocado. No habría transcurrido ni tam-



—Papá, si no te sabe mal te esperaré en el coche.

poco un cuarto de hora de amena charla cuando Ricardo penetró en el despacho.

Tras las naturales efusiones de dos personas queridas que no se han visto en mucho tiempo, el fabricante presentó a Ricardo:

—Señores, aquí tienen ustedes a mi hijo hecho un señor ingeniero. Desde ahora mismo háganse el cargo de que este es su jefe, porque yo, como dije anteriormente, no quiero hacer nada. En cuanto a ti, Ricardo, estos son tus auxiliares, hombres duchos en su oficio, personas experimentadas, cuyos

conocimientos prácticos aplicados a tus nuevas teorías, espero han de darte el máximo resultado.

El jefe de talleres, uno de los empleados más antiguos se adelantó hacia el joven estudiante, y, en nombre de todos, le dió la bienvenida.

—Yo señor—dijo por fin dirigiéndose al viejo—, celebro infinito la entrada de su hijo en el negocio; todos le queremos y le respetamos por ser quien es y por lo que a nuestro juicio vale, pero nosotros todos, es su genio de usted el que seguirá llevando nuestra marca al triunfo.

Ricardo tomó los planos que los empleados estaban enseñando a su padre y comenzó a encontrar defectos en todas partes. Naturalmente, los jefes se miraban unos a otros en silencio, expresando con la muda elocuencia de la mirada la aversión que por el nuevo director sentían. Su atondramiento, su manía de arreglar en pocas horas la labor de varios lustros, y el poco respeto que para él parecían merecer los esfuerzos de aquellos hombres encanecidos en el trabajo, al lado del viejo Benton, produjeron entre todos pésima impresión.

Entre tanto, el viejo, dejaba su hijo en el despacho oficial y bailando un charlestón, cual si hubiese sido un colegial, penetraba en su despacho particular contiguo al otro.

Tan alegre estaba de poder decir al fin ¡ahí queda eso!, que ni siquiera reparó en que tenía ante sí a su amigo de toda la vida, Horacio Alby, esperándole en compañía de su lindísima hija Alicia.

La actitud en que lo habían sorprendido no era la más apropiada para un señor fabricante de autos, cubierto de canas. Un poco corrido, pero recobrando en seguida el dominio de sí propio, gracias a su inagotable flemá exclamó:

—¿Cómo no queréis que esté contento si acaba de llegar mi hijo de la Universidad para no volver a ella y ya me desentiendo de todo? ¡A vivir! ¡A disfrutar amigos míos!... Y el simpático vejete volvió a repetir sus pasos de baile con la misma gracia y agilidad que un jovenzuelo.

En cambio su amigo Horacio, tenía un semblante tan triste que daba pena verle.

Benton en medio de su alegría reparó en el desolado semblante de su amigo e inquirió las causas de aquella tristeza. Este deslizó unas palabras en su oído con cuidado de que no pudiera oírlas Alicia.

—Estoy arruinado Benton—le dijo—pero lo que se dice en la ruina. He perdido todo cuanto tenía en especulaciones desgraciadas...

Alicia no prestaba gran atención al misterioso coloquio. Al oír que había llegado



—¡Eres un hombre insufrible!
¡Un pedante!...

Ricardo pareció transfigurado su rostro, antes alegre, por una mueca de disgusto y comenzó a dar vueltas a su bolso con muestras de gran nerviosidad.

—Papá, si no te sabe mal, te esperaré en el coche—dijo por fin—. Y ya se disponía a salir cuando el joven irrumpió en la estancia.

Ambos se miraron con muestras de recelo. Uno y otro daban señales de no encontrarse muy a gusto en el mismo sitio. Cambiaron por último un ceremonial saludo para evitar que sus padres se fijaran en su ac-

titud y la bella Alicia salió de allí más que deprisa. No obstante, como el demonio sabe más por viejo que por diablo, pese a todas las ceremonias, la maniobra de sus hijos no pasó desapercibida a los dos ancianos. Benton sonrió socarrón y dirigiéndose a su hijo exclamó:

—Haz el favor de dejarnos solos Ricardo; Horacio tiene que decirme algo importante.

Marchó el joven a una habitación cercana y desde allí vió como Alicia subía a su coche. Contemplándola, acudieron a su mente las escenas que motivaron su rompimiento con la linda criatura. Fué pocos días antes de que él marchara a la Universidad a cursar el último año. Los dos se adoraban y un buen día, después de no pocas escenas, dadas todas ellas al carácter de Ricardo, Alicia, cansada de soportar su petulancia, se desbordó:

—¡Eres un hombre insufrible! ¡Me cargas con tus ridículas pretensiones, con tus manías de superhombre!... ¡Eres un imbécil y un ridículo y te suplico que no vuelvas nunca más a dirigirme la palabra!

Así terminó aquel noviazgo que había tenido para los dos, horas de suprema felicidad, que uno y otro recordaban con frecuencia, aun cuando quisieran demostrar lo contrario por amor propio.

Mientras uno y otro pensaban con dolor

en el bien perdido, los dos amigos de toda la vida volvían a su conversación.

—Pues, sí, Jerónimo, sí; arruinado del todo. Pero no te saques la cartera que no he venido a pedirte una limosna—dijo al ver que su amigo pretendía darle dinero—. He venido a verte a tí, porque eres mi mejor amigo... porque necesito de tu consejo... Mi hija Alicia ignora nuestra desgracia y la ignorará mientras pueda ocultárselo.

—Los amigos, Horacio, son para las ocasiones. Necesitas dinero y tanto si quieres como si no, voy a darte cinco mil dólares. Me harás una grave ofensa si no aceptas esto de momento. Después ya veremos lo que se hace. No te doy nada de lo que necesito, sino una ínfima parte de lo mucho que a mí me sobra. Si yo estuviera en tus circunstancias, tengo la seguridad de que tú harías lo mismo, de modo que, ¡fuera escrupulos, que entre nosotros no pueden existir!...

Así es como el alegre señor Benton demostró a su amigo el culto que él rendía a la amistad.

Pasaron dos días. En la dirección de la fábrica, como en todas sus cosas, Ricardo anduvo "demasiado deprisa". De cada doce empleados se granjeó doce enemigos.

El Encargado de Ventas y el Jefe de



—!Y yo le digo que hace diecisiete años que está usted perdiendo el tiempo!

Proyectos, presentáronse en el despacho particular de su antiguo principal.

—Con usted, señor Benton, hubiéramos trabajado toda la vida, pero con su hijo no queremos estar ni un minuto más, ¡es inaguantable! Y los dos hombres, sin hacer caso de las reflexiones del anciano, abandonaron la casa para siempre.

Aquello fué bastante para que el risueño señor Benton comenzara a perder su calma. Pensó que su hijo le echaría por tierra todo el negocio con sus entusiasmos de querérsele comer todo en unas horas y al efecto,

como desde donde estaba oyese una violenta discusión, abrió la puerta.

Enfrente de él, el Jefe de talleres y su hijo, sostenían violenta discusión:

—Hace diecisiete años que estoy trabajando a las órdenes de su padre, señor mío; se perfectamente lo que me traigo entre manos y no admito lecciones de usted, que como quien dice salió ayer de la cáscara.

—¡Y yo le digo que hace diecisiete años que está usted perdiendo el tiempo y si no admite mis lecciones, puede darse por despedido desde ahora mismo.

El señor Benton llamó aparte a su empleado y conferenció con él.

—¿Qué quieres que yo te diga?—concluyó éste—. La Universidad te lo ha echado a perder amigo mío. ¡Es un pedante, un sabihondo y un necio! Y perdona que sea tu hijo.

—Estamos los dos de acuerdo amigo mío. De momento te ruego que te marches como él te ha dicho y que esperes mis órdenes. Verás lo que se me ha ocurrido para coger a este mequetrefe que todo lo sabe ¡ya verás!... Es un buen chico pero hay que darle una lección.

Hablaron los dos amigos durante unos momentos y el Jefe de talleres, íntimo amigo del anciano, abandonó la estancia riendo.

El travieso señor Benton acababa de tener

una idea genial, como todas las suyas. La manía de ir deprisa que caracterizaba a su hijo, pensó explotarla de forma que no le quedaran ganas de correr y al efecto, aquella misma mañana redactó una dimisión que su hijo firmó a la hora del correo, sin darse cuenta de que firmaba su propia destitución.

Aquella misma tarde, el padre, que ya había dado órdenes a los empleados despedidos para que le escribieran a él personalmente presentándole la dimisión de sus cargos respectivos, se encerraba en el despacho con su hijo.

El señor Benton abría cartas y cartas y en todas decía lo mismo. Dimisiones y más dimisiones...

—¡Eres un mequetrefe hijo mío, un verdadero estúpido!...

—¡Yo no tengo la culpa de que la fábrica estuviera como estaba!

—¿Pero es que te crees que la fábrica la has hecho tú? ¿Acaso crees que yo que he levantado todo esto no merezco algún respeto para que todo lo hecho por mí vayas tú a deshacerlo en dos horas?

—No me repliques—prosiguió el anciano fuera de tino—. ¡No me repliques que me creo capaz hasta de meterte en la cárcel por idiota!... Ya ves tú, Randal, mi empleado más antiguo; un hombre que nunca jamás he tenido que hacerle la menor observación,



Morton apretó un timbre y aparecieron dos robustos atletas.

que era fiel como un perro y por añadidura el inventor del nuevo sistema de refrigeración que ha hecho famosos a mis coches en el mundo... ¡Es el colmo!... Y Smith, el mejor dibujante que he tenido en mi vida...

—Tengo un dibujante mucho mejor que ese, más moderno... Felipe Barne, un verdadero “as”.

—Y va la última dimisión hijo mío, la última—exclamó sacando una carta del cajón—. ¡La última que por cierto es la tuya!

Ricardo se volvió como tocado por un resorte.

—Debe tratarse de algún error, papá; yo no he dimitido...

—Pero te he hecho dimitir yo sin que tu supieras una palabra. Ya ves como siempre hay alguien que sabe más que tú... Antes de verme obligado a cerrar la fábrica, he creído sería mejor volver a sus puestos a los que con su esfuerzo me ayudaron a subir y darte a tí otro cargo, más modesto ya que veo que para director no sirves.

—Supongo que no pretenderás hacer de mí un obrero vulgar?

—Ningún obrero que sabe cumplir con su obligación es vulgar! ¡El único ser vulgar es el que no sabe lo que se lleva entre manos y pretende saberlo todo!... En el nuevo puesto me demostrarás con tu trabajo que los conocimientos adquiridos tienen una base firme y no son hijos de tu vanidad.

—No acepto papá... Se me despide y me voy!

En aquel momento penetró en el despacho Horacio Day requerido por su amigo Benton. El astuto viejo, había ideado un plan para favorecer a su amigo, dando al mismo tiempo una lección a su hijo. Merced a la combinación por él ideada, la dádiva no tendrían los caracteres de una limosna y Ricardo caería necesariamente del pedestal de su orgullo.

—¿Qué te parece mi hijo?—exclamó apenas el otro hubo entrado.

—Me parece un chico muy inteligente...

—¡Hombre! ¡Ayer mismo me dijiste que era un presumido y un tonto!

Horacio quedó como quien ve visiones. El viejo le hizo una seña y su amigo comprendió por ella que todo se reducía a una broma, por cuyo motivo siguió la corriente.

—No te vuelvas atrás amigo mío—prosiguió Benton—. Ayer mismo tuviste la audacia de decirme que apostabas cien mil dólares a que serías capaz de encontrar algo que él no seria capaz de hacer, y yo te acepte la apuesta.

—Pero como yo no la he aceptado y en este asunto, debían contar primeramente conmigo, pueden guardarse la apuesta—repuso Ricardo, haciendo ademán de salir.

—¿Ves cómo yo tenía razón Benton?—dijo el otro—. Ya sabía yo que a tu hijo le entraría el miedo...

Ricardo sintió en lo vivo aquel alfilerazo asestado a su amor propio, y se volvió desde la puerta.

—Veamos en que consiste eso. ¡Yo me creo capaz de todo lo que usted me diga y de mucho más, digo...

—Pues verás, hijo mío—repuso Benton viendo la cara de tonto que ponía su amigo a causa de no saber una palabra—. Horacio



—*Mientras no te decidas a casarte conmigo, no saldrás!*

dijo que tú no serías capaz de hacer cuatro cosas difíciles que él se encargaba de proponeerte. ¿Aceptas el reto?

—Aceptado, pero veamos antes, cuales son.

—Se te dirán a medida que sea necesario. De momento creo debes de mostrar tu valor aceptando sin condiciones—repuso el padre.

Espoleado otra vez en su amor propio aceptó Ricardo y los viejos le prepararon una lección como para que no le olvidara nunca. Organizaron un baile en el domicilio de Horacio y aquella misma noche, re-

cibió Ricardo el encargo de presentarse con una pierna rígida. "Si dás dos contestaciones iguales con respecto al motivo de tu percance perderán la apuesta."

III

El ridículo a que se vió sometido por su vanidad, fué monstruoso. Casi todos los invitados estaban en antecedentes de lo que ocurría y la figura del joven yendo de un lado para otro con su pierna tirante, produjo la mayor hilaridad.

La verdad es que él hubiese deseado que se lo tragara la tierra. Someter a un individuo como él, ¡a todo un señor ingeniero! a un papel tan carnavalesco, clamaba al cielo. Pero se había comprometido y había que apurar el caliz hasta las heces. ¡Antes muerto que vencido!

—¿Qué le ha sucedido?—le preguntó un sordo.

—Que me ha atropellado un automóvil.

—¿Cómo dice?

—Una lancha de vapor que me ha aplastado contra el muelle.

—No le oigo. Repítamelo otra vez.

—¡Que me pasó por encima una apisonadora mecánica!

¡En seguida se iba él a dejar coger en un
renuncio!

La misma Alicia, a pesar de que *no lo podía ver*, accedió a bailar un baile con el "cojo" a instancias de su padre y con el sólo objeto de que se dobrara la pierna, pero, ¡qué si quieras! Justo será sin embargo decir que Ricardo pasó los mayores apuros de su vida para bailar aquel maldito charlestón y que al salir triunfante le costó más sudores que ganar un combate de boxeo.

Mediaba el baile, cuando se presentaron en él dos sujetos de mediana catadura, que después de hacer levantar las manos a todos los circunstantes, se dirigieron al "cojo" con aire ceñido.

—Este es el que atropelló ayer a mi madre con el auto. Siganos usted y no se haga el cojo para despistar, que ya sabemos quien es usted.

Uno de ellos le agarró fuertemente la pierna con el decidido ánimo de doblársela, pero fué del todo imposible. Comprendió entonces Ricardo que todo era preparado por Horacio y su padre y emprendió a puñetazos con los bandidos imaginarios. No hay que decir que el número de puñetazos que ellos no esperaban en el programa, fué considerable por ambas partes, hasta el extremo de que la lucha duró bien cerca de un cuarto de hora, pero Ricardo supo salir ven-

29

me trae como a mí que mis hijos se vayan
sin mí nos quedamos solos y sin nadie
que me dé cariño, que me mida como
yo



—Diselo tu Ricardo, que a mí me da vergüenza,

Dpto de Recursos Humanos

cedor de ella sin que la pierna perdiera un momento su rigidez. Tanto Benton como su amigo estaban que sudaban tinta.

La segunda proposición consistió en vender una póliza de seguro de otra compañía rival a un señor llamado Morton, presidente de la compañía de seguros más fuerte de la ciudad y el hombre de más mal genio que se conocía en cien leguas a la redonda.

¡El encarguito era como para confiárselo a cualquiera! Tan pronto como llegó Ricardo y le hizo sus proposiciones de venta, Morton apretó un timbre y aparecieron dos robustos atletas, que lo pusieron de patitas en la calle. Al cabo de dos minutos Ricardo volvía a penetrar por la ventana, situada nada menos que a la altura de un segundo piso.

—No me ha dejado usted terminar señor Morton y crea que lo siento porque es una verdadera ganga. Yo soy un benefactor de la humanidad, un...

El señor Morton, ante la imposibilidad de verse libre de aquel osado, tomó su bastón y su sombrero, y se fué a la calle metiéndose en el auto. Al arrancar el coche se encontró con Ricardo que penetraba por la otra puerta. Y diez minutos después, el joven salía despedido por la portezuela, quedando en el suelo hecho una verdadera lástima.

—De esta voy a la casa de socorro, pero yo le he vendido la póliza—dijo el joven respondiendo a un transeunte que se acercó solícito a prestarle auxilio.

IV

Ante aquel hecho verdaderamente inconcebible, los dos ancianos ya no sabían qué nueva cosa proponerle. Hallábanse en el despacho del fabricante de autos torturándose el magín para dar con la ansiada solución, cuando la prensa vino en su ayuda.

—No te apures más Horacio. Aquí tengo algo más interesante. Mira:

“El bandido Pancho Dan, consigue huir nuevamente de la policía. El Consejo Municipal ha dispuesto se conceda una gratificación de cinco mil dólares a quien entregue a la policía a este bandido incapturable.”

Y Ricardo recibió la tercera proposición.

Armado hasta los dientes, salió con dirección a los barrios bajos de la ciudad. Andando a la ventura, dió con un tipo extraño, de aspecto enfermizo y le espetó al oído:

—Oiga buen hombre; si consigue enseñarme al bandido Pancho Dan, le daré una gratificación de veinte dólares.

El individuo en cuestión, miró al desconocido de pies a cabeza y con aire misterio-

so, lo condujo hasta una esquina, enseñándole a un tipo como un gigante que parecía estar al acecho.

—Ahí lo tiene usted.

Bendijo Ricardo su buena suerte y sin encomendarse a Dios ni al diablo, llegóse hasta el sujeto en cuestión, emprendiéndola a puñetazos con él. Cogido de sorpresa el gigante cayó al suelo, pero se rehizo bien pronto y del primer golpe le hundió el sombrero hasta los ojos de forma que Ricardo a penas si podía defenderse. Puñetazo va y puñetazo viene, estuvieron durante un buen rato propinándose sendos golpes, con gran ventaja por parte del héracles que con sólo tender el brazo conseguía mantener al joven a raya y darle a su gusto.

El desconocido, de aspecto enfermizo, llegóse hasta el lugar del encuentro y comenzó a recoger las monedas que en cantidad abundante caían de los bolsillos de los dos combatientes, especialmente de los de Ricardo, a quien su enemigo mantenía entonces cabeza abajo, hundiéndole el hongo más cada vez.

Al dejarlo en el suelo, a tontas y a locas acertó Ricardo a dar una patada en el estómago de su enemigo y éste se vino al suelo definitivamente. Sacóse el hongo con todos los apuros del mundo y vió como llegaba la policía avisada por el ruido de la pelea.

El sujeto que había indicado el ladrón a Ricardo, huyó al ver llegar a los guardias y éste se precipitó tras él.

—¡No, hombre, no! ¡Usted se queda aquí para identificar al ladrón! —y lo trincó por hombro en el momento en que pretendía escalar uno de los muros de la plazoleta que había sido teatro de la épica batalla.

Pancho Dan, que era el sujeto en cuestión, sacó un puñal y rápido, lanzó un envite contra el joven, que escasamente tuvo tiempo de esquivar el golpe. Y con la misma rapidez empleada por él le quitó el arma y lo llevó arrastras hasta donde estaban los guardias.

—Este buen hombre les dirá como he conseguido derribar a Pancho Dan.

—Pero hombre de Dios si Pancho Dan es el que lleva usted en el cuello—le respondieron los policías riendo—. ¡El que ha derribado usted es el detective Carlos Gray!

La noticia de la heroicidad de Ricardo corrió por la ciudad como un reguero de pólvora y el infatulado joven fué aclamado como héroe popular.

—¡Tu hijo es brujo!, Jerónimo; brujo o demonio! ¡Está haciendo lo que nadie hubiera creído capaz de hacer a una persona! ¡Esto es intolerable!

—Y lo peor del caso es que tanto tú como yo estamos quedando en el más espantoso

de hallar algo que fuera totalmente irreal—
más difícil, estoy viendo que tus cien mil
dólares se van a esfumar. ¡Y es lástima
con la falta que te están haciendo!

—Nada, Jerónimo, nada. ¡No me queda
más solución que el suicidio o el ridículo!

—¿Y no hay nada más difícil que todo lo
que hemos propuesto? ¿No serías tu capáz
de hallar algo que fuera totalmente irreali-
zable?

—Como no sea mandarle traer una estrella
del cielo dentro de una bandeja, no se me
ocurre otra cosa. Pero, espera, creo que aun
hay algo más imposible que todo esto. Se
por mi hija, que no se pueden ver. Po-
dríamos intentar que se declarara y lo que
es esta vez te juro que venceremos, Jeróni-
mo; Mi hija no se casa con Ricardo aun-
que la maten.

El viejo Benton aprobó la idea con en-
thusiasmo. Así como así era nada menos que
lo que él había deseado siempre. Si perdía
su hijo, Horacio ganaba los cien mil dó-
lares; si ganaba...

El último trabajo si que era en realidad
un trabajo. De todos los encomendados fué
sin duda alguna el más incómodo, el que

más hería su amor propio, pero consecuente
con su promesa lo emprendió sin vacilar po-
niendo en ello más empeño que en ninguno
de los anteriores.

Hacer relación de los sudores, de las fa-
tigas que Ricardo pasó para fingirse enamo-
rado, sería fatigar al lector y renunciamos
por lo tanto a ello. A cada petición del jó-
ven respondía ella con un NO rotundo ina-
pelable. No viendo por ninguna parte la so-
lución y dispuesto a salir airoso por encima
de todo tomó Ricardo el abrigo de la mu-
chacha, le obligó a colocárselo a viva fuerza
y tomándola en hombros la llevó a su coche
emprendiendo acto seguido veloz carrera.

En el preciso instante de arrancar el co-
che llegaron con su auto los dos ancianos,
deseosos de ver la derrota del joven.

—¡Santo cielo! ¿qué veo?—dijo Horacio
saltando en el asiento.— ¿Será posible que
tu hijo haya convencido a Alicia? ¡Ya no
me faltaría más que ver!

—Para mi es que la raptó, amigo mío, si-
gamos tras ellos. Y al efecto los dos ami-
gos partieron a todo gas tras los muchachos
con lo cual dió comienzo a una carrera
desenfrenada.

Pasados los primeros momentos de indig-
nación tanto Alicia como Ricardo comen-
zaron a reflexionar sobre la situación en que
les había colocado la apuesta y aún cuando

su desmedido amor propio les impidiera confesarse la verdad, es el caso que tanto el uno como el otro bendecían desde el fondo de su alma el luminoso pensamiento de sus padres. Se amaban; seguían adorándose con la misma pasión que antes de declararse profundos enemigos. ¡Pero el maldito amor propio... la estúpida vanidad! ¡Ah, si no hubiese sido por eso!

Terminó la carera en un apartado bosque en el cual había una rústica cabaña. Ricardo encerró allí a su amada y sentóse al lado de fuera sobre un tonel, diciendo:

—Mientras no te decidas a casarte conmigo no saldrás de aquí; tú verás lo que haces!

Entre tanto los viejos no perdían el tiempo. Vieron por el auto donde se habían escondido sus hijos y después de requerir el auxilio de la policía por teléfono "por lo que pudiera suceder" avisaron a unos tipos de mala catadura que no lejos de allí hallábanse acampados.

—Hay cincuenta dólares a ganar si rescatan a una joven que un muchacho acaba de secuestrar en esa cabaña.

Los vagabundos no se hicieron repetir la orden. Penetraron en la casita y abalanzáronse sobre Ricardo trabándose una formidable pelea en la cual el joven tuvo ocasión de lucir la fuerza de sus puños. En un des-

cuido de estos abrió la puerta y pudo hacer que Alicia se escapara.

En aquel mismo instante uno de los sujetos asió un grueso leño y le asestó un golpe formidable que hizo rodar por tierra a Ricardo. Los bandidos viéndose ya libres del enemigo salieron en pos de la linda joven que al parecer les había gustado más de lo regular. Afortunadamente la policía llegó a punto para que Alicia no fuera víctima de un atropello.

Cuando Ricardo volvió en sí, encontró a la joven abrazada a su cuello.

—Por qué no te has escapado, siendo así que yo te he dado la ocasión?

—Porque a pesar de tus ridículas pretensiones, fatuo y petulante, te amo Ricardo, te amo—dijo ella redoblando sus caricias.

Horacio y Benton aparecieron en la puerta de la cabaña.

—Adios mis cien mil francos—dijo el primero.

—Alicia, dile a tu padre que te vas a casar conmigo.

—Prefiero que se lo digas tú, Ricardo—murmuró ella a su oído—. A mi me da mucha vergüenza.

F I N

Poesía Postal

POR

DIEGO DE MARCILLA



Versos para es- cribir toda clase de postales



Precio: 1,25 pesetas

18.244

322

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por CLOVIS EIMERIC
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por RICARDO PRIETO
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por CLOVIS EIMERIC
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por ANTONIO GUARDIOLA
- 5 EL HERÓICO DON JUAN
por CLOVIS EIMERIC
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por RICARDO PRIETO
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por CLOVIS EIMERIC
- 8 AGUA MANSA
por RICARDO PRIETO
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por CLOVIS EIMERIC
- 10 CORAÇÕES UNIDOS
por PEDRO NIM

PRECIO: 60 CÉNTIMOS